

¿Destino o Casualidad? (Editado)

P.Vanrretea (Annisa)



*¿Destino o
casualidad?*

P. Vanrretea

Capítulo 1

¿Destino o casualidad?

Todos los días Sara cogía el mismo tranvía. Durante sus 22 años, siempre se consideró una mujer afortunada. Fue criada en el seno de una familia humilde y de clase media. Nunca tuvo carencias cuando era pequeña, y si alguna vez la tuvo sus padres jamás se lo hicieron notar. Por eso desde que entró a la universidad, ha puesto sangre y sudor para aprobar sus materias, considerando que la carrera de medicina necesitaba futuros médicos competentes y de calidad. Por el momento, tenía todo para ser feliz, no necesitaba nada más. No obstante, un día cambió todo.

Como cada mañana, Sara se levantó temprano para asistir a sus clases matinales. Aquel día estaba muy emocionada porque por fin llevarían a un selecto grupo de estudiantes de medicina, los más destacados, para ser espectadores de un trasplante doble de riñón. La oportunidad que se le presentó era única, por lo que la felicidad que sentía no le cabía en el pecho.

A las siete y media de la mañana cogía el tranvía que la transportaba a clases, sin embargo, ocurrió algo inesperado. Cuando llevaba un par de minutos sentada junto a la ventana, subió un chico alto y moreno que se sentó junto a ella. Lo que más le causó curiosidad a Sara fue que una vez que se acomodó a su lado, sacó un libro y comenzó a leer. No le pareció extraño la acción, sino el contenido del libro. Debido a lo tímida que Sara era no le pareció correcto escudriñarlo con la mirada. Tal vez se podría sentir incomodo o peor... acosado. Por eso, prefirió observarlo a través del reflejo de la ventana.

A pesar de que la vista que tenía de aquel hombre no era muy clara, sí pudo darse cuenta de algunos detalles. Su rostro era largo, con la nariz un poco pronunciada, sus labios no eran gruesos, pero si carnosos. Jamás había visto a hombre con aquel físico. Aunque estaba un poco encorvado leyendo y concentrado su libro, notó que al menos le sacaba una cabeza de distancia, por lo que definitivamente era mucho más alto que ella. Intentó calcular su edad, aunque le era difícil, aun así, supuso que tendría alrededor de uno 27 o 30 años. Siguió observándolo todo el camino. Fue testigo de cómo leía el libro que tenía en sus manos ávidamente, de hecho, le recordaba a ella misma. Cuando tenía la oportunidad de leer un libro que no estuviera relacionado con medicina, se entregaba por

completo a un mundo nuevo, donde no había ningún tipo de restricción.

Fue en ese momento donde vio la portada, "Canciones Rusas". ¿Canciones rusas? Nunca había oído de aquel título, pero sí de su autor, Nicanor Parra. Hace años había leído un poema de aquel escritor. Intentó buscar en los rincones de su memoria pensando, pero solo pudo recordar que Nicanor era un hombre chileno muy famoso por sus obras y por considerarse a sí mismo como un antipoeta. ¿Por qué aquel hombre estaría leyendo a Nicanor? Se preguntó Sara. Sin embargo, no se atrevió a hacer absolutamente nada para obtener una respuesta. Después de una hora de viaje, el tranvía se detuvo y vio partir al hombre con el libro en sus manos.

A partir de aquel día, cada lunes a la misma hora, Sara compartía aquel tranvía con el enigmático hombre. A veces coincidían en el mismo asiento, otras veces él viajaba de pie, pero siempre estaba con un libro de algún poeta, Mistral, Neruda, Becker. Al parecer, tenía una gama de autores predilectos, pensó Sara.

Sin embargo, ese no era el único cambio que había ocurrido. Cada lunes, Sara se arreglaba de forma particular. Intentaba llegar con sus mejores prendas de vestir, lo cual era un reto, pero siempre se las arreglaba. No sabía la razón del por qué lo hacía. Solo que, desde que había visto aquel hombre quiso cambiar. Nunca en su vida se había enamorado, así que no estaba segura si lo que sentía era amor o solo una obsesión. Lamentablemente, en los libros de medicina no había una respuesta para aquello.

Los meses fueron pasando y Sara continuaba con su enigmático "poeta". Creía que a pesar del tiempo que llevaba viéndolo, era necesario darle un nombre. Y que nombre más perfecto si no es en honor a los libros que leía.

La mañana de un lunes, Sara despertó con una sensación extraña. No podía identificarla ¿Expectación? ¿Miedo? ¿Emoción? Solo tenía la seguridad de que aquel día algo importante sucedería. Tal vez era algún presentimiento, pero fuera bueno o malo tendría que afrontarlo y ver qué pasaba. Como era su ritual desde hace meses, aquel día se puso un hermoso vestido blanco que le llegaba a sus rodillas, había sido un regalo de su madre y, creía que ese día era especial para poder estrenarlo.

Al igual que siempre tomó el tranvía a la misma hora, pero algo había cambiado. Su poeta ya estaba ahí sentado en el lugar de siempre. Aquello descolocó por unos segundos a Sara, pero no tuvo tiempo de analizarlo porque el tranvía comenzó a llenarse quedando ella de pie a poca distancia de él. Tal cual, marcaba el ritual, Poeta sacó uno de sus libros y

comenzó con su lectura.

A través de la multitud, Sara comenzó a observarlo igual que siempre. Estando en aquella posición le daba cierta ventaja. Todos los pasajeros que estaban de pie, como ella, no prestaban ni la más mínima atención de lo que ocurría a su alrededor. Muchos conversaban u otros estaban mirando sus teléfonos móviles. Una oportunidad maravillosa para observar sin ser vista. No obstante, de un momento para otro, Poeta levantó la mirada hacia Sara.

Algo dentro de ella se partió en dos. En todos esos meses, jamás había podido ver los ojos de su enigmático hombre, pero ahora, la profundidad de sus ojos azules marcaba a la perfección el contraste con su piel morena. Sara no podía apartar la mirada, tenía la sensación de que había un reconocimiento entre ellos, y por primera vez sentía que, solo tal vez, no era la única que estaba experimentando lo mismo. Ambos abrieron sus bocas como si intentaran decir algo, pero lo que pudieron haberse dicho quedó perdido en el aire.

Una fuerte sacudida, tiró a Sam y al resto de los pasajeros que estaba de pie al fondo del tranvía. El pánico y el miedo era lo que predominaba durante aquellos segundos. Sara no estaba segura de cuánto tiempo pasó desde que cayó, solo era consciente de los gritos de las personas mientras salían eyectadas por las ventanas mientras el tranvía giraba interminablemente. ¿Acaso ese era su final?

Cuando Sara abrió los ojos vio que había personas a su alrededor cubiertas de sangre. Algunas gimoteaban pidiendo auxilio, otros simplemente estaban inconsciente o eso quería pensar. Sentía un dolor intenso en su pierna derecha, su estómago estaba revuelto debido al sabor oxidado de su sangre que corría como un hilo por su boca. Solo fue consciente cuando una persona tomó una de sus manos y se la llevó directo a su boca.

Intentó enfocar mejor la vista, pero era algo difícil de lograr. El contacto de su piel con el extraño le produjo una sensación de por sí extraña, que se fundía con el dolor de sus heridas. Haciendo el máximo esfuerzo por poder identificar al sujeto, abrió más los ojos. Reconoció al instante el azul de su querido poeta que la miraba con adoración. Intentó hablar, pero el esfuerzo que hacía era tan grande que solo salía quejidos de su boca.

—No hables —susurró su poeta. —Solo quiero que me mires.

Sara intentó con todas sus ganas hacerle caso. No quería alejarse de él, sin embargo, la poca fuerza que le quedaba se estaba agotando. Cerró los ojos entregando el último soplo de su corazón a su querido poeta.

7 años después

Sara despertó asustada y agitada a media noche, las patadas que estaba sintiendo en su vientre no la dejaban descansar. Encendió la luz y se tocó el vientre, al parecer eso era todo lo que podría aspirar a dormir. El bebé cada día estaba más inquieto. Solo le faltaban unas pocas semanas para poder tenerlo en sus brazos y conocer a su pequeño hijo.

No pasó mucho tiempo para que su marido Marcos también despertara.

—Cariño ¿Estas bien? —preguntó preocupado al ver la expresión de su esposa que respiraba agitadamente.

—Sí, solo fue un sueño que tuve.

—¿Solo eso?

—Bueno, el sueño y que el bebé no para de moverse —respondió Sara con una sonrisa.

Su marido la imitó al tocar con su mano el vientre abultado de su mujer.

—¿Qué soñaste?

—El día del accidente. Cuando creí que te perdería para siempre.

Marcos miró a los ojos a su esposa. Después de tantos años, recordar aquel suceso aún le producía un miedo que no podía controlar.

—Pero volviste, volviste a mí.

—Jamás podría perder de vista esos ojos azules maravillosos que tienes. Aquel día cuando los descubrí por primera vez supe que algo cambiaría.

—Por extraño que parezca... yo también lo sentí.

—No creo que sea extraño. ¿Tal vez estábamos destinados a estar juntos?

—Otros lo llamarían casualidad —contestó Marcos.

—Puede ser, pero por ahora solo quiero pensar que fue el destino quien

nos unió.

—Yo también.

En ese momento, el bebé dejó de dar patadas a su madre dándole un pequeño respiro.

—Creo que se quedó dormido —contestó Marcos.

—Eso espero. Falta muy poco para tenerlo con nosotros.

—¿Qué crees que será cuando grande? ¿Una grande médica como su madre o un poeta empedernido como su padre?

—Estoy segura que será lo que él quiera hacer.

Marcos se acercó a Sara y la besó delicadamente.

—Te amo.

—Yo también te amo, Poeta.

FIN